

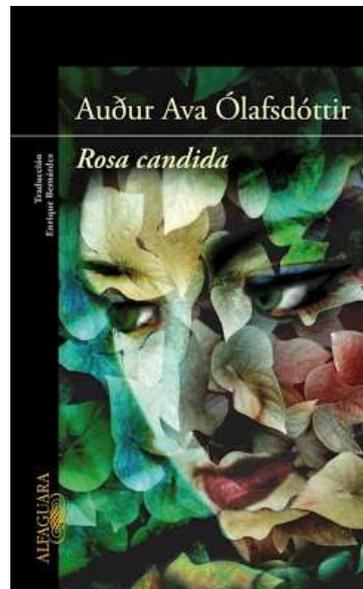


[rmbm.org](http://rmbm.org)



[rmbm.org/rinconector/index.htm](http://rmbm.org/rinconector/index.htm)

## *ROSA CANDIDA*



Auður Ava Ólafsdóttir

Murcia

## Auður Ava Ólafsdóttir

[https://es.wikipedia.org/wiki/Au%C3%B0ur\\_Ava\\_%C3%93lafsd%C3%B3ttir](https://es.wikipedia.org/wiki/Au%C3%B0ur_Ava_%C3%93lafsd%C3%B3ttir)

Auður Ava Ólafsdóttir (Reikiavik, 1958) es una escritora islandesa, profesora de historia del arte en la Universidad de Reikiavik y directora del Museo de la Universidad de Islandia.



### Premios

Premio literario de la ciudad de Reykjavik, 2004

Premio Menningarverðlaun DV, 2008

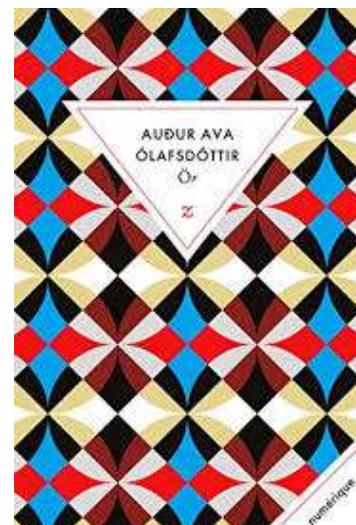
Premio Page des Libraires, 2010

Premio Fjöruverðlaun

Prix des Amis Du Scribe

Premio de los Libreros de Quebec a la mejor novela extranjera

Prix du Roman Venu d'Ailleurs



### Obras

Upphækkuð jörð, 1998

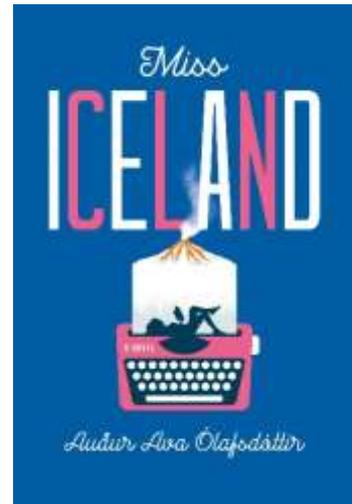
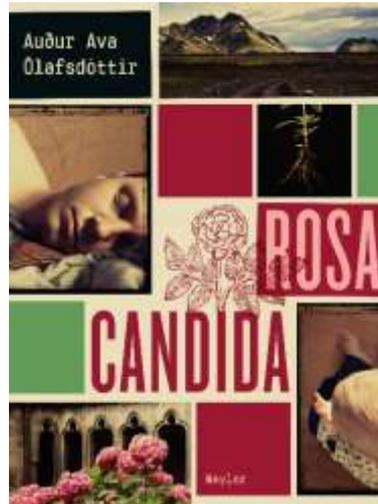
Rigning í nóvember (La mujer es una isla), 2004

Afleggjarinn (Rosa candida), 2007

Undantekningin (La excepción), 2012

Ör (Hotel Silencio), 2016

Ungfrú Ísland, 2018



<https://www.elmundo.es/blogs/elmundo/escorpion/2011/12/02/bendita-juventud-maldita-juventud.html>

## BENDITA JUVENTUD, MALDITA JUVENTUD

ALEJANDRO GÁNDARA | 2 DICIEMBRE 2011

El joven de veintidós que emprende el viaje a cualquier lugar va con una herida que no sabe que lleva, arrastra un duelo que no sabe que arrastra, cumplirá con él sin saber que está cumpliendo con él, se encontrará con la paternidad sin ganas de saber qué es eso, amará sin saber que ama, descubrirá la intimidad con otra persona como si hubiera aterrizado en otro planeta, irá y vendrá sin saber que no se ha movido del sitio, y por último regresará al duelo, aunque ya es otro duelo. Bendita juventud, maldita juventud.

He aquí la novela de Audur Ava Ólafsdóttir (en la foto), "Rosa candida" (Alfaguara, traducción de Enrique Bernárdez). Destaquemos su delicadeza. No estamos ante una típica novela de iniciación a la vida adulta, con sus piruetas emocionales, sus desbordamientos y sus revelaciones. Por el contrario, las emociones están aplanadas, el sentimiento es secreto, la desorientación es siempre contenida, como si ya se supiera algo que sin embargo aún no ha adquirido su lenguaje, los desbordamientos no ahogan, sino que dejan al paciente en una condición de naufrago resignado, y nada se revela excepto lo inmenso que es el océano en la deriva.

Puede parecer un defecto del relato lo que es su virtud profunda: su parsimonia, su falta de ruido, su tránsito tranquilo y cuidadoso de un momento a otro, su claudicación ante los lugares comunes de la vida, tan insípidos como insistentes. Sencillamente lineal, va de un punto a otro igual que el protagonista, pero transportando el esqueje delicado de su rosa púrpura de ocho pétalos. Es también el tacto que hay en el cuento de esta historia. La mano que se pasa por una flor de primor, cuya textura es a la vez suave y frágil, cálida y mortal. Eso pasa cuando la guía el amor a algo, por pequeño que sea, pues la magnitud del amor no equivale a las dimensiones del objeto que, por lo demás, no lo define. Si amas, no ya las rosas, sino una rosa, eso te salvará la vida.

La pérdida es segura y definitiva, pero el corazón sabe que la experiencia lo ha hecho más grande, superior a su herida y que, cuando las flores se hayan marchitado, el aroma se habrá extendido por todos los países.



[https://elpais.com/diario/2011/10/29/cultura/1319839204\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/10/29/cultura/1319839204_850215.html)

## UN LIBRO CONTRA EL HOMBRE VIKINGO

La islandesa Ólafsdóttir construye en 'Rosa Candida' una oda a la nueva masculinidad

CARLES GELI | Reikiavik | 29 OCT 2011

Cuatro horas caminando sobre el mullido y sedante musgo es más duro que hacerlo montaña a través. La misma suavidad acaba castigando mucho más los tendones de Aquiles que las rocas. Sin saberlo, cuando el joven aprendiz de jardinero cuenta este casi oxímoron está describiendo la fuerza oculta de Rosa Candida, la novela de la que es protagonista, de la autora islandesa Audur Ava Ólafsdóttir (1958). La obra ha cosechado ya cinco premios internacionales, se quedó a las puertas de otros tantos y ahora llega a España con Alfaguara.

La aparente candidez del argumento -un islandés de 22 años sin un sentido claro de su vida, que sólo aspira a recuperar la rosaeda de un monasterio perdido en medio de Europa y que de pronto se convierte en padre fruto de un viejo encuentro fugaz- camufla notables reflexiones sobre el azar o la predestinación, la nueva masculinidad y hasta la desaparición de lenguas minoritarias. Todo en un estilo seco, de capítulos breves y parcas descripciones, que refuerzan un aire entre aforístico y espiritual.

A los personajes, marcados por coincidencias alfanuméricas llamativas, siempre les pasa algo muy distinto de lo que piensan o de lo que la vida les apunta. "La fuerza de los números está también en mis otras dos novelas, quizá influencia de papá, que era ingeniero y en vez de cuentos me explicaba historias de números", rememora Ólafsdóttir que, sin darse cuenta, abre y cierra corchetes y recuadra cifras o palabras sobre el papel mientras habla. "Rechazo el pensamiento analítico realista; yo intento otro acercamiento, el del sabor, el del olfato, tocar... en mi obra el cuerpo importa más que la palabra".

No cree la autora que todo ello sea la influencia calvinista que marca la literatura nórdica hoy tan en boga, corriente de la que también quiere alejarse. "Los autores islandeses somos más especiales que el resto de los escandinavos, más poéticos, con un toque de realismo mágico; suecos, daneses o noruegos son más realistas puros, creo"; y admite que la hija del joven protagonista, fruto de una gestación que recuerda la anunciación a María del Arcángel Gabriel, podría ser por su halo y poderes "una niña de un cuento de García Márquez".

Abundan las dudas existenciales de los personajes en *Rosa cándida*, casi hasta la hipérbole, que Ólafsdóttir achaca, aquí sí, a otra característica de las letras nórdicas: la presencia obsesiva de la naturaleza. En la aparente apacible Islandia hay, al parecer, 130 volcanes. "Nos envuelve una naturaleza inestable, con tierras en erupción constante, terremotos; nuestras casas están preparadas para seísmos de 5.5 en la escala Richter; todo es muy inestable y violento a nuestro alrededor y eso ha de traducirse en las personas", apunta tras consultar otra de sus racionales notas.

Pero si algo cuestiona este libro es la masculinidad. "Es un libro sobre cómo un joven afronta la paternidad. ¿Quieres seguir siendo libre o comprometerte? Nadie nace siendo padre o madre y todos tenemos nuestros sueños", resume. Pero sigue con el tema paterno. "Los padres son tanto o más importantes que las madres, si se dieran cuenta de ello tendríamos un mundo mejor... Aquí sabemos de eso: los vikingos dejaban a sus familias para ir a robar y violar, destrozaban hogares y

luego volvían al suyo a descansar... Mi libro es una oda al hombre, a la nueva masculinidad; es totalmente antivikingo".

La teoría rousseauiana de que el hombre es bueno por naturaleza impregna las 271 páginas. "Hay que tener confianza en la gente aún en este mundo de avaricia", aclara. "Lo escribí coincidiendo con la crisis de Darfur, en el Sudán: era horroroso... Yo quería crear otro mundo, donde la crueldad no existiera. Y sí, pienso que el 99% de los humanos son buenos, lo que ocurre es que el poder lo tiene el 1% restante". Y en el libro aparece todo ello pero bajo capas de simbolismo narrados con estilo seco pero sencillo.

Entre los niveles casi subliminales de lectura está el asunto de las lenguas minoritarias: el joven es islandés (su idioma solo lo hablan los 315.000 habitantes del país) y viaja a un lugar donde aprenderá una lengua en vías de extinción. "En un mundo donde lo práctico es ley divina, él hace una cosa tan poco práctica como eso; igual que la rosa que lleva para añadir a la rosaleda donde hay infinitas variedades de todo el mundo, con las lenguas pasa lo mismo: cada una enriquece el mundo y lo representa". No siente que el islandés esté amenazado, ni lamenta que la suya, que fue la literatura que en el siglo XII salvó todas las demás nórdicas al recopilar por escrito las sagas, sea hoy la menos conocida. Le da más miedo "el funcionamiento del mercado literario, que lo ha invadido todo sólo de novela negra, ocultando así los otros tipos de literatura que hacemos aquí arriba". Y como muestra, será su superexitoso colega de serie negra Arnaldur Indridason el que dará la conferencia inaugural la próxima semana en la Feria del Libro de Francfort, que este año se dedica a Islandia.

Escéptica, dura en el fondo, Ólafsdóttir matiza incluso el paraíso cultural islandés, donde cada ciudadano lee una media de ocho libros al año. "Es un mito: estas cifras las aguantan las mujeres, que leen dos y tres títulos a la semana; piense que el 70% de los universitarios de aquí son chicas; además, se compran muchos libros, pero casi nadie los acaba". Igual de dura se muestra con la crisis económica, que afectó especialmente a su país. "¿Sabe qué es lo más grave? Que nos robaron por dentro y desde dentro... Estoy enfadadísima con eso. Pero ahora

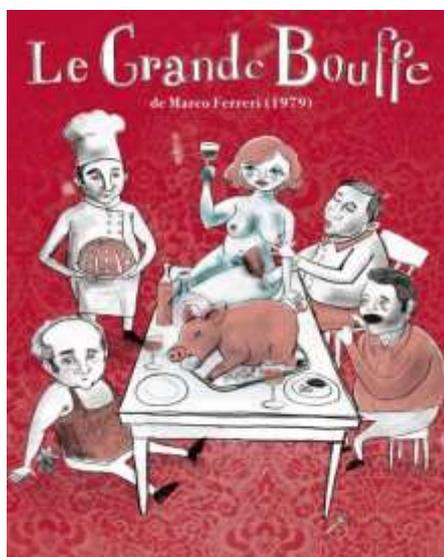
cambiaremos la Constitución y lo arreglaremos", dice con sus fulgentes ojos azul hielo. Cuidado con el musgo...

<https://elcorreoweb.es/aladar/rosa-candida-encontrarse-a-si-mismo-IE5776039>

## «ROSA CANDIDA»: ENCONTRARSE A SÍ MISMO

FLORENCIA DEL CAMPO | 5 SEPTIEMBRE 2019

La rosa candida es una rosa blanca. La rosa de ocho pétalos es una rosa sin espinas, que se asemeja mucho a la anterior, pero que no es blanca, es de un color infrecuente. La rosa candida, como simbolismo de todas las rosaledas, de lo infrecuente, de lo aislado y por salvar, de lo apartado y por encontrar, de lo efímero que puede renacer, es la que le da título a la novela de la autora islandesa Audur Ava Ólafsdóttir.



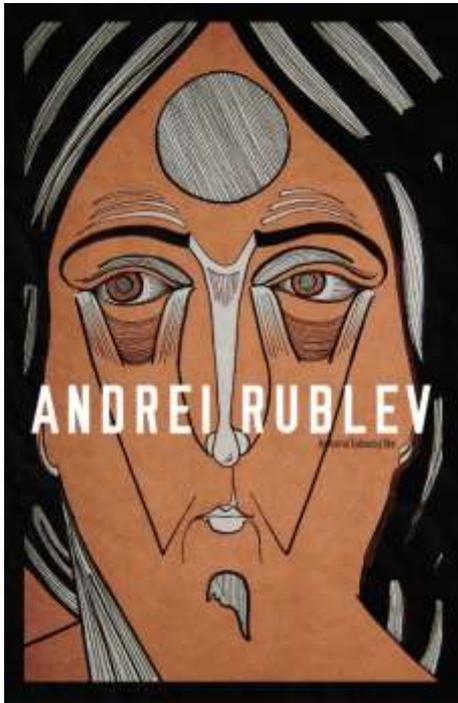
«Rosa candida» es una novela que huele a botánica y a gastronomía permanentemente, página tras página. Un joven de veintidós años deja Islandia para llegar a un pequeño pueblo de alguna parte de Europa y resucitar una de las rosaledas más famosas del mundo, que con el paso del tiempo se ha cubierto de malas hierbas y ha dejado a sus rosales en un estado lamentable. Pero también es una novela sobre las casualidades o la predestinación incluso, y entonces no puede uno salvarse de leer en esa clave toda una serie de acontecimientos. Por un lado, están aquellos que los propios personajes reconocen como efectos de esta marca de la casualidad o la predestinación: que el nacimiento de la hija del joven y el cumpleaños y la muerte de su madre sucedieran las tres cosas en la misma fecha, un siete de agosto; o que el joven encontrara tres tréboles de seis hojas el día que cumplía

seis años. Pero por otro lado, del lado del lector tal vez, queda toda una lectura que se ofrece a ser decodificada bajo este código de las coincidencias, si se quiere.

Y aquí entran nuevos simbolismos: que el joven conciba a su hija en el invernadero de la casa de sus padres, el lugar donde está lo fértil, la tierra donde crecen las plantas; que el personaje que daba vida, el que «echaba firmes raíces» (el de la madre) sea el que muere en un accidente y el que hable, moribunda, con sus últimos suspiros, de la luz y los colores de la tierra; que el padre, la figura masculina, sea electricista y se contraponga a este joven interesado en las plantas, el niño mimado de mamá, al que nunca le han interesado las máquinas y cuya virilidad es puesta a prueba por su padre cuando le pregunta algo de electricidad, y puesta en duda por más de un personaje que se cruza con él en la aventura de su vida.

Pero por fuera de este mundo florido que compartían el joven y su madre, una dupla en la familia, está la individualidad. Y en la individualidad se halla sobre todo el cuerpo, eso que es único y únicamente propio. Un cuerpo, en este caso, de veintidós años que se transforma con una cicatriz tras una operación de urgencia de apendicitis, y que ya nunca, entonces, puede volver a ser el que era, aquel sin marca en el abdomen del lado derecho. Un cuerpo que exige ser tanteado y tocado para reconocerse varón y comprobar que tiene vida. Un cuerpo que intenta ser entendido en relación al resto del ser y al cuerpo de los otros. Un cuerpo que necesita del cuidado de las mujeres, y ellas, en la novela, a falta de madre, adquieren un papel fundamental, no importa si se trata de enfermeras, azafatas, vecinas o camareras, jóvenes o ancianas. Sin embargo, como un fruto, este joven madura y ese cuerpo vulnerable y no del todo viril deja de ser pensado como tal para pensarse menos y, en cambio, experimentarse en el deseo que siente por la madre de su hija, o como envase de lo paternal y despliegue del cuidado de ese bebé de nueve meses (que opera en la trama como una presencia mágica, religiosa y sanadora) que va a parar al pueblo aislado de Europa no por coincidencia, sino en este caso por planificación. Cuando el cuerpo se aparta del centro de la escena y pasa a segundo plano, entonces puede comenzar a

haber lugar para la gramática, el lenguaje, las palabras: la vinculación no sexual, la comunicación e incluso el cine.



El cura Tomás, que habita en el monasterio donde trabaja el joven, es un poco el consejero, aunque hombre de pocas palabras, y precisamente por eso se vale de su pasión, el cine, para aconsejar al jardinero inquieto y confuso, primero sobre comidas, luego y de a poco, sobre temas más profundos.

La comida, así como las plantas con la madre, es ante todo el nexo entre padre e hijo. La presencia del padre va unida, en el recuerdo del hijo, a las horas de la comida. Cuando el joven lo llama por teléfono desde el extranjero, estas conversaciones giran siempre en torno a

las comidas. El padre pregunta por recetas, pide consejos a su hijo, que más mal que bien lo orienta. Luego estos diálogos se dan vuelta: cuando el joven está inmerso en su rol de padre de ese bebé de nueve meses, es él quien necesita consejos sobre cocina, y ahora quien pregunta y quien responde es el otro, porque ahora hay otro padre.

Debajo de esta novela natural, llena de pétalos, que huele bien, que colorea, que armoniza, que se cierra con musgos, arándanos y hierba, están todos estos interrogantes existenciales (porque el sexo –o más amplio, el cuerpo– y la muerte son tan protagonistas de la obra como las plantas), una búsqueda permanente de los personajes jóvenes por encontrarse a sí mismos, y una maquinaria audiovisual e intelectual, que es el cine, que intenta explicar o responder a alguna de las cuestiones que aquejan al joven. Antonioni, Bergman y Wong Kar-wai entre otros, cuando hay que responder, o averiguar al menos, sobre las mujeres, la muerte o las comidas.